

TRINI GUZMÁN

**LA
CREATIVIDAD
TE BUSCA
A TI**


Un camino hacia el encuentro
con nuestro poder creativo


A mi Leoni.



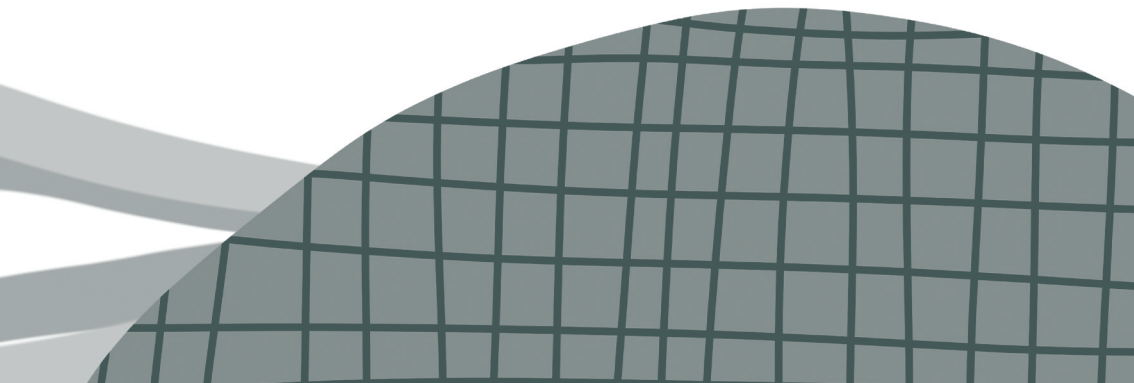
Índice

Introducción	9
1. Nuestra naturaleza creativa	21
2. Atreverse a investigar	31
3. Bloqueos creativos	39
4. Las estructuras que nos sostienen	59
5. El valioso potencial creativo que reside dentro de cada uno	71
6. Conectar con nuestra creatividad	83





7. Confiar en nuestra creatividad	95
8. Transformación creativa y su relación con la autoestima, el merecimiento y el coraje	109
9. Ponle palabras	121
10. Proceso creativos exitosos: de la imaginación a la investigación constante	131
11. Habitar el presente	143
12. El poder de permitirnos crear	157
Agradecimientos	167





Introducción

Podría decir que todo partió cuando empecé a hacer clases de bordado en el año 2016. Aunque quizá, si lo pienso bien, encontraré el momento mucho antes. Pero algo hubo en ese período de mi vida que encendió particularmente lo que me trajo a escribir este libro y que quiero compartir contigo.

Al principio quise organizar clases de bordado de distintas técnicas, impartidas por diferentes personas, con la profunda motivación de que era yo la que quería aprender más. Tenía un taller con buen espacio, me gustaba organizar cosas y, secretamente, solo quería aprender de algo que tanto me gustaba hace tiempo. Primero contacté a una amiga para que hiciera una clase, después a otra. Fue increíble ver que había gente que también quería aprender, que estaba dispuesta a ir al taller y ver cómo ahí se generaba un ambiente tan especial. Al principio, mi idea era organizar estos talleres con personas que impartieran distintas técnicas textiles y al mismo tiempo desarrollar la idea de mi blog *Cosío, Bordao, Tejio*, que era algo con lo que había fantaseado desde hacía años y que al fin me estaba dando el tiempo para hacer o, mejor dicho, aprender a hacer. En ese blog, mi intención era recopilar todo en torno a lo cosido, bordado y tejido, todo lo textil que tanto llamaba mi atención desde siempre,



con tanta admiración. Solo por el placer de aprender, saber y compartir lo que pudiera encontrar. Honestamente, no estaba esperando que alguien lo leyera o que a alguien le importara, más bien se sentía como un lugar donde podría recopilar e investigar acerca del arte textil, desde las artesanías hasta los cruces con el arte contemporáneo, por pura fascinación.

Al mismo tiempo que eché a andar lentamente esta idea, tuve la audacia de empezar a bordar yo sola. Y digo la audacia porque, créeme, aunque las ganas las tenía hace tiempo, sentía que el bordado era una técnica tan meticulosa, delicada, preciosa y perfecta que manos como las mías nunca podrían hacer algo así. Yo venía de varios años pintando murales en gran formato con mi amiga Coni Lars, subiendo y bajando de andamios, manejando grúas, y gozando de mancharme entera de pintura si es que era necesario. En los murales había encontrado el espacio para dibujar y pintar usando todo el movimiento de mi cuerpo y lo disfrutaba profundamente. Me sentía tan a gusto teniendo la pared completa para llenar de color. Descubrí que me sentía más cómoda dibujando en la escala de un muro que en el espacio de una croquera. Además, pintar como dupla con la Coni nos inspiraba a atrevernos, nos movilizaba y muy misteriosamente lográbamos mezclar nuestras ideas improvisando sobre el muro, creando murales grandes en muy poco tiempo. Bautizamos nuestra dupla como ESTANPINTANDO y creo que ninguna de las dos imaginó que nuestro proyecto cobraría impulso propio y que pintaríamos juntas durante casi cinco años. Fueron años valiosísimos, que nos sirvieron de escuela no solo en cuanto a los murales, sino también para entender nuestro trabajo en equipo, colores, finanzas, presupuestos y, sobre todo, para madurar nuestra autoestima y confianza.

Pintamos oficinas, casas, hospitales, cierres perimetrales de edificios en construcción, etc. Y eso me hacía preguntarme ¿cómo yo, que amaba subir y bajar del andamio y moverme durante horas para pintar un mural en el menor tiempo posible, iba a lograr encontrar la calma para sentarme a bordar, sin saber bordar? Se sentía como algo que no estaba disponible para mí. Bordar se veía como una belleza inalcanzable que solo podía admirar desde lejos, maravillada y al mismo tiempo con una rara sensación de nostalgia de algo que nunca fue mío.

Así lo sentí hasta que una tarde las ganas de bordar fueron más grandes que el miedo extraño que me frenaba a intentarlo y busqué cualquier cosa que me sirviera para calmar la necesidad de entender cómo funcionaban las hebras. Encontré aguja de lana, lanas acrílicas gruesas y un pedazo de tela. Ni siquiera tenía bastidor (un círculo de madera que te ayuda a tensar la tela para poder bordar). Hice un dibujo de una flor (una que ya conocía bien porque la dibujaba frecuentemente en los murales) y empecé a probar. Las primeras puntadas fueron bruscas, la aguja era gruesa y me costaba que pasara por la tela sin dejar hoyos. Pero avanzaba sin pensar si estaba dañando la tela, si la lana era la correcta o si mejor debía dejar todo hasta ahí, para otro momento en que tuviera el bastidor correspondiente. Avanzaba por el puro placer de poder explorar algo que era completamente diferente. Avanzaba con la sensación de que mis manos estaban aprendiendo un idioma nuevo y que lo estaban disfrutando. Para tapar los hoyos que quedaron en la tela usé más lana, incorporando más capas de puntadas a lo que estaba haciendo. De repente, me encontré sosteniendo un volumen de aproximadamente 10x10 centímetros, con varios nudos al reverso, con varias arruguitas en la tela y con una mezcla de texturas que me fascinó tanto que me



hizo ignorar que llevaba varias horas sentada en el mismo lugar. Me encantó.

Volé a revisar cajones y cajas esperando desenterrar más materiales que me pudieran servir. Encontré un par de ovillos más, atajados en unos palillos de un tejido a medio hacer, los desenredé y me los llevé para seguir tratando de descifrar lo que podía bordar. Dibujé otra flor y volví a atravesarla con mis puntadas bruscas y a llenarla de capas de lana, una encima de la otra. Horas volvieron a pasar sin darme cuenta de que no pensaba en nada más que la siguiente puntada, sin importar los nudos, las arrugas o el grosor de la pieza que estaba fabricando, aún sin bastidor. ¡Me encantó de nuevo! Y aunque mis incipientes experimentos se alejaban bastante de los bordados prolijos y hermosos que yo conocía y que tanto admiraba, se sentían míos.

Dentro de mí, podía escucharme decir “son tuyos, oh, nadie te va a evaluar”. Éramos yo y mis primeros bordados, en mi propia casa, sabiendo que nadie iba a venir a revisar si lo que estaba haciendo estaba “bien” o “mal”. Incluso, en ese primer momento me llamó la atención que esa sensación se cruzara por mi cabeza, pero no me detuve a hacer una mayor reflexión al respecto. Solo quería seguir creando mis propios bordados y cada pieza era como un precalentamiento para la próxima, en la que me iba sintiendo con más confianza y más autoridad, en un terreno propio.

Les saqué fotos con orgullo, sentía que eran las primeras investigaciones de algo que estaba siendo empujado por una curiosidad ineludible. Podían parecer flores creadas brutalmente con lana sintética, pero para mí se parecían más a un portal mágico que se abría frente a mis ojos fascinados y que me estaba arrastrando sin que yo pudiera poner resistencia. Esas fotos las subí a mi Instagram cuando solo me seguían unas pocas amigas. Y esas amigas me empezaron

a preguntar si iba a hacer clases también. Me dio un poco de risa. Pensé: “qué les voy a enseñar yo, si no sé nada”. Otras me escribieron para decirme que en sus casas había materiales que nadie usaba y que me los podían regalar porque me podrían servir. Así recibí varios hilos de bordar antiguos y lanas de diferentes colores, grosores y texturas. Empecé a comprar agujas, hilos, bastidores y más lanas de diferentes colores, grosores y materialidades.

Por otro lado, empecé a bordar directo sobre chaquetas de jeans, porque eran gruesas y eso evitaba que mi aguja rompiera la tela. Así, mis puntadas podían ser todo lo toscas que necesitaban ser. Seguía sorprendiéndome por todo el tiempo que podía pasar bordando, casi en una meditación, y lo único que me recordaba que me tenía que mover era la nariz de mi perro Safari colándose entremedio de mis manos para que ahí recién yo levantara la cabeza y lo pudiera ver moviendo la cola, avisándome que ya era hora de salir a pasear.

¿Qué tiene que ver todo esto con que la creatividad te busque a ti? Yo tampoco lo hubiera sospechado, pero puede que sea por esa misma magia que lo envuelve todo y que solo la perspectiva del tiempo nos ayuda a comprender. Tal como en los bordados, las puntadas eventualmente se organizan y nos permiten leer la imagen con claridad. Fue así como de a poco a estos eventos se fueron sumando otros, ofreciendo algo así como pistas que quise seguir y que en un momento me hicieron detenerme a pensar en el paradigma de querer salir a buscar la creatividad y cuánto tiene que ver esta con todas las actividades que llevamos a cabo en la vida. ¿Creemos que buscamos la creatividad porque sentimos que es algo que esta afuera de nosotros? En esos momentos en que pensé que estaba empezando una investigación sobre bordado y arte textil, lo cierto es



que en realidad estaba adentrándome en un terreno más extenso, que al parecer atraviesa todas las facetas de nuestra vida, y te quiero contar de qué se trata.

Me acuerdo perfecto de estar una tarde de verano en mi taller, pensando sobre lo que me habían preguntado respecto a hacer clases de bordado. No organizarlas, sino impartirlas yo. Pensé que no tenía nada que enseñar, que quién era yo para facilitar clases si recién había empezado a bordar. Además, asumí que probablemente mi manera de bordar era un sacrilegio para la técnica tradicional, por verse desordenada y distinta. Pero, por otro lado, algo había en esa experimentación de texturas y colores que era tan atractivo y entretenido para mí, que quizás sí había algo que yo podía compartir. Puede que se alejara de la técnica tradicional, que se sintiera más libre, quizás más experimental, pero la percibía como una técnica al fin y al cabo. Y aunque yo no me consideraba una bordadora certificada ni profesional, quizás sí tenía algo que podía enseñar desde mi punto de vista.

En paralelo a estas reflexiones, ESTANPINTANDO, nuestra dupla creativa con la Coni, estaba llegando a su fin de una manera muy natural. Mi amiga se había ido fuera de Chile y nuestro plan era ir resolviendo en el camino cómo seguir trabajando juntas. Improvisando, seguramente, como acostumbrábamos, pero la verdad es que cada una estaba empezando nuevos caminos. Con un poco de miedo, nostalgia y un raro entusiasmo, eso me dio el espacio para desenterrar los intereses textiles que crecieron en mí desde que yo era chica, en el taller de costura de mi mamá, y al mismo tiempo movilizarme en ese momento de mi vida para comenzar nuevos proyectos y generar otros ingresos.

Siempre me acuerdo de esa tarde, cuando me pregunté en el silencio de mi taller: “¿Tú crees que haya diez personas que quieran aprender a bordar así?”. Déjame decirte desde ya

que había más de diez, más de cien, ¡más de mil! Muchísimas más de las que yo hubiera imaginado. Un año después de hacerme esa pregunta, mis clases se habían convertido en un libro con Editorial Planeta, en una colección con una importante marca de *retail* chileno y en un curso en una de las plataformas digitales más grandes hasta el momento y que al día de hoy tiene miles de alumnos de todo el mundo. Además, fui una de las primeras artistas chilenas en debutar en ella. No bastó con eso: viajé a distintas ciudades de Chile a hacer clases, también a Medellín y a Barcelona, porque había gente interesada en aprender. Hice un Instagram especial para mi blog *Cosío, Bordao, Tejío*, que se convirtió en el canal principal para difundir los talleres y donde gozaba compartiendo los trabajos de todo tipo de artistas textiles pero, sobre todo, de mis alumnas. Sentía que mis clases eran como un oasis maravilloso para aprender y compartir historias y experiencias.

Con el tiempo se fueron sumando seguidoras (digo seguidoras porque la gran mayoría eran mujeres) y cientos de *likes* en las fotos. Más y más personas se animaban a bordar de una forma experimental, lejos de la manera tradicional. A través de las redes sociales iba conectando con más personas con intereses similares o artistas que también estaban empujando los límites del bordado contemporáneo. Se sentía como una gran comunidad que empezaba a nacer, unida por esta libertad creativa y cromática. No digo que se haya originado específicamente a partir de mis clases, por el contrario, me refiero a que se dio una sincronía de intereses comunes que parecían entretejerse y coincidir en ese momento de una manera mágica y misteriosa, desde todas partes del mundo. Mis clases eran solo uno de los tantos polos que surgían desde distintos lugares, visibilizándose través de la amplificación que entregan las herramientas digitales.

